

184. Cuanto mayor es un don de Dios, tanto más difícil es alcanzarlo. ¡Qué de trabajos y de oraciones no implicará, pues, la adquisición de la Sabiduría, que es el don de Dios por excelencia! Escuchemos lo que dice la misma Sabiduría: Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, pedid y se os dará (Mt 7, 7; Lc 11, 9; Mc 11, 24); que vale tanto como si dijera: Si queréis hallarme, menester es que me busquéis: si queréis entrar en mi palacio, menester es que llaméis a mi puerta; si queréis recibirme, menester es que me pidáis; nadie me halla si antes no me busca; nadie entra en mi casa si antes no llama a mi puerta; nadie me alcanza si antes no me pide; y todo se consigue con la oración.

La oración es el canal ordinario por el que Dios comunica sus gracias, particularmente su Sabiduría. Por espacio de cuatro mil años estuvo el mundo pidiendo la encarnación de la divina Sabiduría. Por espacio de catorce años se preparó María por medio de la oración para recibirla en su seno. Salomón no la recibió sino después de haberla pedido durante largo tiempo con ardientes deseos: «Acudí al Señor y se lo pedí de todo corazón: Dame aquella Sabiduría que está sentada en tu trono» (Sb 8, 21 y 9, 4).

Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídase-la a Dios, que a todos da copiosamente y no zahiere a nadie, y le será concedida» (St 1, 5). Notad, de paso, que no dice el Espíritu Santo: «Si alguno se halla necesitado de caridad, de humildad, de paciencia, etcétera, que son virtudes tan excelentes», sino: «Si alguno tiene necesidad de sabiduría...» Porque, pidiéndola, se piden al mismo tiempo todas las virtudes en ella encerradas.

Para obtenerla, pues; es preciso pedirla; pero ¿cómo hay que pedirla?

2. Cómo pedir la Sabiduría

185. En primer lugar se debe pedir con fe viva y firme, exenta de toda vacilación (St 1, 6); pues quien tiene una fe vacilante, que no espere alcanzarla (St 1, 7).

186. En segundo lugar se ha de pedir con fe pura, sin apoyar la oración en consolaciones sensibles, visiones o revelaciones particulares. Aunque todo esto pueda ser muy bueno y provechoso, como lo fue para muchos santos, sin embargo no deja de ser peligroso el estribar en ello, y a veces la fe es tanto menos perfecta y menos meritoria cuanto más estriba en esta clase de gracias extraordinarias y sensibles. Cuanto nos ha revelado el Espíritu Santo acerca de la grandeza, de la excelencia de la Sabiduría; de los deseos que Dios tiene de comunicárnosla y de la necesidad que tenemos de ella, son razones suficientes para movernos a pedirla al Señor con toda fe y ardor.

187. La fe pura es el principio y el efecto (de la Sabiduría en nuestra alma; a mayor fe corresponde mayor sabiduría, y a mayor sabiduría, mayor fe.

El justo o el sabio sólo vive de la fe (Rm 1, 17), sin ver, sin sentir, sin gustar y sin vacilar. Es palabra de Dios o es promesa de Dios; he ahí la piedra fundamental en que

se apoyan todas sus plegarias y todos sus actos, aunque, naturalmente, le parezca que Dios no tiene ojos para ver sus miserias, ni oídos para escuchar sus peticiones, ni brazos para aplastar a sus enemigos, ni manos para prestarle ayuda; aunque se vea inundado de distracciones, de dudas y de tinieblas en su espíritu, de ilusiones en la imaginación, de hastío y de tedio en el corazón, de tristeza y de agonía en el alma.

Ni pide el sabio ver las cosas extraordinarias que vieron los santos, ni saborear dulzuras sensibles en sus oraciones y prácticas de piedad; pide con fe, la divina Sabiduría; y debe estar más seguro de que se le dará que si un ángel bajara del cielo y se lo asegurara, porque el mismo Dios ha dicho: «Todo aquel que pide en debida forma, recibe lo que pide» (Lc 11, 10). «Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno de la Sabiduría a quienes se lo piden!» (Lc 11, 10-13).

3. Debes pedirla con perseverancia

188. En tercer lugar, debemos pedir la Sabiduría con perseverancia. Para lograr esta perla preciosa y este tesoro infinito, hemos de valernos de una santa importunidad cerca de Dios; de lo contrario, no la alcanzaremos jamás.

No hay que hacer como la mayoría de las personas que piden a Dios alguna gracia. Cuando llevan ya un cierto tiempo, por ejemplo, años enteros, pidiendo una gracia, y no ven el resultado de sus oraciones, se desalientan y cesan de orar, pensando que el Señor no quiere atenderlas, y con eso pierden el fruto de sus oraciones e injurian a Dios, el cual sólo se complace en dar y despacha siempre favorablemente, ya sea de un modo, ya de otro, las oraciones bien hechas.

Quien desee, pues, alcanzar la Sabiduría, debe solicitarla día y noche, sin cansarse ni desalentarse. Podrá considerarse mil veces dichoso si la obtiene después de diez, veinte o treinta años de oraciones, aunque sólo sea una hora antes de su muerte; y si la obtuviere después de haber pasado toda su vida buscándola, pidiéndola y mereciéndola por toda suerte de cruces y de trabajos, tenga por muy cierto que no se le ha otorgado por justicia, como una recompensa, sino por pura misericordia, como una limosna.

189. No, no serán las almas negligentes e inconstantes en sus oraciones y en la busca de la Sabiduría quienes la lograrán, sino las que imitan a aquel hombre que de noche llama a la puerta de uno de sus amigos para pedirle prestados tres panes. Notad que es la Sabiduría misma quien, mediante esta parábola o historia, os enseña el camino que debemos seguir si queremos llegar a conseguirla. Este amigo llama y redobla los golpes y pide reiteradamente, no una sola, sino cuatro o cinco veces, con fuerza e insistencia cada vez mayor, a pesar de lo intempestivo de la hora -cerca de la media noche-, a pesar de estar ya su amigo acostado, a pesar de haber recibido ya una doble o triple repulsa como imprudente e importuno. Hasta que, al fin, importunado por tantas súplicas, el